



Cristo de cerca, con el Beato Antonio Chevrier

Traducción del texto publicado por la
Arquidiócesis de Lyon, Francia

Cuaresma 2026

Seguir a Jesús pobre

Cristo de cerca, con el Beato Antonio Chevrier

Nacido el 16 de abril de 1826 en Lyon, en la parroquia de Saint-François de Sales, Antonio Chevrier creció en un tiempo de renovación de la Iglesia en Francia. Se formó en el Seminario de Saint-Irénée al mismo tiempo que Jean-Louis Bonnard y Jean-Pierre Néel, quienes serían misioneros y mártires en Asia. Ordenado sacerdote en 1850, fue vicario en el barrio popular de la Guillotière, afectado en 1856 por grandes inundaciones.

La noche de Navidad de ese mismo año tuvo una experiencia mística decisiva al contemplar el pesebre instalado en la iglesia Saint-André: “Fue meditando la noche de Navidad sobre la pobreza de Nuestro Señor y su abajamiento entre los hombres que resolví dejarlo todo y vivir lo más pobremente posible. Es el misterio de la encarnación lo que me convirtió”.

Esta elección de la pobreza es también una resolución misionera: “Entonces decidí seguir a Nuestro Señor Jesucristo más de cerca para ser más capaz de trabajar por la salvación de las almas y mi deseo es que ustedes mismos sigan a Nuestro Señor de cerca”. En un antiguo salón de baile de la Guillotière, el Padre Chevrier creó en 1861 la Providencia del Prado, un refugio para jóvenes de ambientes populares, donde reciben educación escolar y catequesis.

En el muro de una casita que le fue donada en Saint-Fons, pintó una frase que expresa su ideal: “El sacerdote es un hombre despojado, un hombre crucificado, un hombre comido: hay que convertirse en buen pan”. En su escuela se formaron sacerdotes, así como religiosas y miembros laicos, que constituyen la Familia del Prado.

Antonio Chevrier entregó su alma a Dios el 2 de octubre de 1879, a la edad de cincuenta y tres años; varios miles de personas participaron en sus funerales, en la Guillotière. Fue beatificado en Lyon por Juan Pablo II, con ocasión de su Viaje Apostólico a Francia, el 3 de octubre de 1986.

Los miembros de la Familia del Prado practican el Estudio de Evangelio, una manera de meditar y contemplar propuesta por el Padre Chevrier para seguir de cerca a Jesús en el Evangelio, ya que “¡conocer a Jesucristo, lo es todo!”. El Evangelio es como una casa para habitar; desde el interior se descubren sus

numerosos detalles invisibles desde la calle: las habitaciones, su distribución, la vida que palpita. El creyente está ante el evangelio como un aprendiz: sus actitudes son la escucha, la acogida, la obediencia y la gratuidad. Para vivir como Jesús en medio del mundo, hay que contemplar la Palabra con la ayuda del Espíritu de Dios,

“el tesoro más grande que Dios puede dar a alguien. Pidámoselo a Dios y no dejemos de pedirselo para nosotros y para los demás”.

En cada encuentro, antes de la lectura del Evangelio, el Padre Chevrier recomienda invocar al Espíritu Santo: “¡Tener el Espíritu de Dios, lo es todo!”.

“Es necesario que sea el Espíritu Santo quien nos dé el sentido de las cosas espirituales y divinas y quien nos revele a Jesucristo, que nos dé ojos para ver, oídos para oír y, sobre todo, un corazón para sentir y atraernos hacia Él. Y si sentimos o comprendemos algo, saber que todo buen sentimiento, todo buen pensamiento de fe y de amor viene de Dios mismo y darle gracias por ello”.

Oración

¡Oh, Verbo! ¡Oh, Cristo!
¡Qué bello y qué grande eres!
¡Quién acertara a conocerte! ¡Quién pudiera comprenderte!
Haz, oh, Cristo, que yo te conozca y te ame.
Tú, que eres la luz, manda un rayo de esa divina luz
sobre mi pobre alma, para que yo pueda verte y comprenderte.

Dame una fe en ti tan grande, que todas tus palabras
sean luces que me iluminen, me atraigan hacia ti
y me hagan seguirte en todos los caminos de la justicia y de la verdad.
¡Oh, Cristo! ¡Oh Verbo! ¡Mi Señor y mi único Maestro!
Habla, que quiero escucharte y poner en práctica tu palabra.

Quiero escuchar tu divina palabra, que sé que viene del cielo.
Quiero escucharla, meditarla, practicarla, porque en tu palabra
está la vida, la alegría, la paz y la felicidad.

Habla, Señor. Tú eres mi Señor y mi Maestro.
Quiero escucharte sólo a Ti.

Amén”.

(Esta oración del Padre Chevrier puede introducir cada encuentro de fraternidad de cuaresma).

Miércoles de Ceniza

Evangelio de Jesucristo según San Mateo (6, 1-6. 16-18)

En aquel tiempo, Jesús decía a sus discípulos: “Cuídense de practicar su justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario, no tendrán recompensa de su Padre que está en los cielos. Por tanto, cuando des limosna, no lo anuncies con trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles para recibir la gloria de los hombres. En verdad les digo: ya han recibido su recompensa. Pero tú, cuando des limosna, que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha; para que tu limosna quede en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará. Y cuando oren, no sean como los hipócritas, que les gusta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para que los vean los hombres. En verdad les digo: ya han recibido su recompensa. Pero tú, cuando ores, entra en tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará. Y Cuando ayunen, no pongan cara triste como los hipócritas, que desfiguran su rostro para mostrar a los hombres que ayunan. En verdad les digo: ya han recibido su recompensa. Pero tú, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava tu rostro, para que tu ayuno sea visto, no por los hombres, sino solo por tu Padre que está allí, en lo más secreto; y tu Padre, que ve en lo más secreto, te recompensará” .

Lo que nos dice Antonio Chevrier

“Así es la vida de cada uno de estos seres: pone su vida en lo que busca, en lo que ama, y, cuando está separado de ese objeto, llora, languidece y gime hasta que vuelve a reunirse con los objetos de su amor. Para nosotros, nuestra vida es Jesucristo. En un reloj, hay un resorte que hace mover todos los engranajes y da la hora. Es Jesucristo quien debe ser en nosotros ese resorte invisible, oculto, y hacernos mostrar siempre a Jesucristo mismo.

¿Sienten en su interior una atracción que los impulsa hacia Jesucristo? Un sentimiento interior, que está lleno de admiración por Jesús, por Jesucristo, por su belleza, su grandeza, su belleza infinita, que le lleva a venir hacia nosotros. Un sentimiento que nos toca y nos mueve a entregarnos a él. Un pequeño soplo divino que nos impulsa y que viene de lo alto, *ex alto*; una pequeña luz sobrenatural que nos ilumina, y nos deja ver un poco a Jesús, a Jesucristo y su belleza infinita. Si sentimos en nosotros ese soplo divino, si percibimos una pequeña luz, si nos sentimos atraídos aunque sea un poco hacia Jesucristo, ¡ah!, cultivemos esa atracción, hagámosla crecer por la oración, la meditación, el estudio, para que crezca y produzca frutos. Mantengámonos, pues, en espíritu a los pies de Jesucristo como pequeños niños a los pies de su maestro, con un sincero deseo de escuchar su palabra y ponerla en práctica.”

Comentario

La vocación de Antonio Chevrier no nace de un esfuerzo voluntarista de perfección, ni del deseo de realizar obras extraordinarias. Su recorrido ilumina el camino pascual que comienza con el Miércoles de Ceniza y con el recordatorio de Jesús sobre la manera correcta de practicar la oración, el ayuno y la caridad.

Aceptar la propia fragilidad, reconocer las debilidades y los límites: este es el comienzo de una verdadera conversión. En efecto, es nuestra humanidad la que Dios asume en la encarnación del Verbo; es nuestra carne mortal la que él reviste. El verdadero discípulo “muere a sí mismo” para dejar lugar al proyecto ambicioso de Cristo en él, que quiere hacer de él ese “otro Cristo” que, en lo concreto de su existencia, experimenta la grandeza y la fragilidad de ser humano. Es profundizando en su humanidad como el discípulo puede unirse a Aquel que asume nuestra humanidad.

El signo de la ceniza marca el compromiso de quien la recibe: consumir en sí todo aquello que le impide vivir plenamente el Evangelio. Este fuego no es otro que el fuego devorador de la Palabra. Hacer penitencia deja de ser un fin en sí mismo; el objetivo es despojarse más de uno mismo para encontrarse mejor con los más pequeños, camino muy seguro para encontrarse con Cristo. Despojarse, porque Cristo, “siendo rico, se hizo pobre por ustedes, para que ustedes se hicieran ricos por su pobreza”.

Estudio de Evangelio

Oración: ¡Oh Verbo! ¡Oh, Cristo!
(Ver arriba)

Y yo, al inicio de estos cuarenta días de gracia, ¿qué decido para poner en práctica los tres llamados del Maestro? Con Antonio Chevrier: “He decidido seguir a Jesucristo más de cerca”:

- En la práctica de la limosna.
- En la práctica de la caridad.
- En la práctica del ayuno.

Tomemos diez minutos de reflexión personal a partir del Evangelio. Luego, compartir en grupo y formular un propósito concreto: “He decidido...”. Lo confiamos juntos a Dios en la oración del Padre Nuestro.

Primer Domingo de Cuaresma

Evangelio de Jesucristo según San Mateo (4, 1-11)

En aquel tiempo, Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. Y después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, sintió hambre. Y el tentador, acercándose, le dijo: “Si tú eres Hijo de Dios manda que estas piedras se conviertan en panes”. Jesús le respondió: “Está escrito: No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. Entonces el diablo llevó a Jesús a la Ciudad Santa, y lo puso en la parte más alta del Templo, diciéndole: “Si tú eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: Dios dará órdenes a sus ángeles y ellos te llevarán en sus manos para que tu pie no tropiece con ninguna piedra”. Jesús le respondió: “También está escrito: No tentarás al Señor, tu Dios”. Luego, el diablo lo llevó a una montaña muy alta; desde ahí le hizo ver todos los reinos del mundo con todo su esplendor, y le dijo: “Te daré todo esto si te postras para adorarme”. Jesús le respondió: “¡retírate, Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor, tu Dios, y a él sólo rendirás culto”. Entonces el diablo lo dejó, y unos ángeles se acercaron para servirlo.

Lo que nos dice Antonio Chevrier

“Es necesario comenzar a poner en nosotros el Espíritu de Dios y, cuando esté en nosotros, hace como la savia del árbol: produce en nosotros todo lo exterior. Sin él, nos parecemos a plantas artificiales. Hay que ocuparse mucho más del interior que del exterior. Hay que poner como fundamento principal el interior, la savia espiritual; de lo contrario, no se hace nada sólido, verdadero, duradero.

El amor a Dios y al prójimo es el principio y la savia vivificante de todo, y debe producirlo todo en nosotros; cuando esto está en un alma, está todo lo necesario. El Espíritu Santo es difícil de adquirir y difícil de conservar, porque hay que luchar continuamente contra la propia naturaleza, las inclinaciones, la propia ciencia a veces, y también contra el mundo que no lo comprende y que no deja de tratar de insensatos o locos a quienes actúan en oposición con él. Y el espíritu de división se introduce por todas partes y lucha contra quienes actúan únicamente por Dios. Si el Espíritu de Dios es necesario para uno mismo, en particular para tener sabiduría y amor, con mayor razón es necesario en una comunidad.

Tener el Espíritu de Dios, lo es todo. Es todo para uno mismo. Es todo para una comunidad. La verdadera unidad está en la unión de un mismo espíritu, de un mismo pensamiento, de un mismo amor, y Jesucristo es su centro por el Espíritu Santo” .

Comentario

Ante cada tentación, la respuesta de Jesús al tentador es volverse hacia su Padre. Ante cada intento del diablo, Jesús responde con la Palabra de Dios. Aunque el diablo manipula la Palabra para tentar a Jesús, Jesús, impulsado por el Espíritu Santo, pone cada cosa en su lugar.

Quien confía en el Espíritu Santo y en la Palabra termina venciendo al Maligno. ¿Somos realmente conscientes de que la Palabra de Dios nos guía y nos defiende en los desiertos que a veces atravesamos? ¿Y de que el Espíritu Santo está con nosotros en nuestros combates?

Con Cristo, bajo la guía del Espíritu Santo, estaremos bien preparados para mantenernos firmes, como Jesús, en las luchas que la vida no deja de presentarnos. “Al Señor tu Dios adorarás y a Él solo darás culto”.

“La fidelidad de Dios volverá a sorprendernos. Si no reducimos nuestras iglesias a monumentos, si nuestras comunidades son hogares, si resistimos juntos a las adulaciones de los poderosos, entonces seremos la generación de la aurora. ¡María, Estrella de la mañana, caminará siempre delante de nosotros! En su Hijo contemplaremos y serviremos a una humanidad magnífica, transformada no por delirios de omnipotencia, sino por Dios que, por amor, se hizo carne”

(Homilía del Papa León XIV para la fiesta de la Epifanía 2026).

Estudio de Evangelio

Oración: ¡Oh Verbo! ¡Oh, Cristo!

(Ver arriba)

El diablo, el que introduce la división en nosotros mismos y entre nosotros, sabe hacerse olvidar para manipularnos mejor; y estas tentaciones vividas por Jesús también las vivimos nosotros:

- 1ª tentación: querer tener siempre más, comprar, consumir.
- 2ª tentación: el aparentar, la omnipotencia, la apariencia, los honores.
- 3ª tentación: el orgullo, la omnipotencia, creerse mejor que todos.

¿Cómo podemos ayudarnos mutuamente a resistir estas tres tentaciones? Tratemos de identificarlas en nuestra vida y en el mundo actual. Esto ya será una preparación para el Sacramento de la Reconciliación.

Tomemos diez minutos de reflexión personal a partir del evangelio. Luego compartir en grupo y formular un propósito concreto: “He decidido...”. Lo confiamos juntos a Dios en la oración del Padre Nuestro.

Segundo Domingo de Cuaresma

Evangelio de Jesucristo según San Mateo (17, 1-9)

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, su hermano, y los llevó aparte, a una montaña alta. Se transfiguró delante de ellos: su rostro resplandecía como el sol y sus vestiduras se volvieron blancas como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías, conversando con él. Entonces Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús: “Señor, ¡qué bueno es que estemos aquí! Si quieres, haré aquí tres tiendas: una para ti, una para Moisés y una para Elías”. Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y se oyó una voz desde la nube que decía: “Este es mi Hijo muy amado, en quien me complazco. Escúchenlo”. Al oír esto, los discípulos cayeron rostro en tierra, llenos de gran temor. Jesús se acercó a ellos, los tocó y les dijo: “Levántense, no tengan miedo”. Al alzar los ojos, ya no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Mientras bajaban de la montaña, Jesús les ordenó: “No hablen a nadie de esta visión hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos”.

Lo que nos dice Antonio Chevrier

“El Verbo divino vino a la tierra para iluminar al mundo con su luz divina. Él es la verdadera luz, porque él mismo es el sol que viene de lo alto, el resplandor de la luz eterna, el esplendor del Padre, la imagen de su sustancia infinita, la imagen del Dios invisible, la sabiduría eterna, la belleza infinita del cielo hecha visible en la tierra. Es el espejo en el que Dios se contempla y se refleja a sí mismo.

Es esta luz divina la que nos abre los ojos a la verdadera luz, para hacernos conocer a Dios y hacerlo amar. Él nos ha sido dado para ser nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificación, nuestra redención, Él es el Camino, la Verdad y la Vida. Él es nuestro rey, nuestro maestro, nuestro jefe y nuestro modelo. Él es el principio y el creador de todas las cosas, el fundamento sobre el cual todo debe apoyarse, la raíz de donde debemos sacar la savia que nos da la vida, el centro hacia el que todo debe converger, el fin hacia el que todo debe llegar. Él es, finalmente, la resurrección y la Vida. Ese es Jesucristo.

Pediremos a Dios que haga nacer en nosotros una gran compasión por los pobres y los pecadores, que es el fundamento de la caridad. Sin esta compasión espiritual, no haremos nada. Despertaremos en nosotros esta caridad divina para poder salir al encuentro de las miserias del prójimo y decir como Jesucristo: “Vengan a mí y yo los aliviaré”.

Comentario

Volvamos a leer este pasaje del Evangelio como una etapa en el camino hacia la Pascua; como una invitación a “dejarnos llevar” por Jesús, que quiere conducirme, llevarme hacia un conocimiento renovado de su persona: descubrir otro rostro de Cristo.

Para que este conocimiento de Jesús llegue a realizarse, es necesaria una intervención que viene de lo alto, es decir, la voz del Padre que designa a Cristo como su Hijo amado. “Nadie conoce al Hijo sino el Padre”: es necesario pues que el Padre nos comparta el conocimiento que tiene del Hijo; es necesario entrar en el conocimiento que el mismo Padre tiene de su Hijo; de lo contrario, nunca descubriremos que él es el Hijo del Padre.

La intervención del Padre es necesaria para entrar en este conocimiento nuevo de Jesús, que quiere, justamente, llevarnos a la montaña para darse a conocer. Jesús, como el primero de la cordada, invita a seguirle a la montaña. Él, el Maestro, va al frente para formar a sus discípulos. El padre Chevrier dice: “Uno no puede conducirse completamente solo” VD; necesitamos un maestro. Un maestro que el Padre nos invita a escuchar “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco: escúchenlo”.

“Al bajar de la montaña”: hemos sido guiados por Jesús a la montaña, lugar de revelación, no para quedarnos allí, sino para seguirlo en las llanuras de la misión. Salir de la tentación de encerrarnos en nosotros mismos para atrevernos a estar presentes en el mundo como discípulos misioneros.

Estudio de Evangelio

Oración: ¡Oh Verbo! ¡Oh, Cristo!

(Ver arriba)

¿Qué dice el texto sobre Jesucristo, sobre el Padre, sobre Dios, los discípulos, Moisés y Elías? ¿Qué me dice el texto? ¿A qué conversión me llama? ¿Cómo puede alcanzar la vida de los hombres y mujeres de hoy? ¿Cómo salir de uno mismo para estar presente en el mundo, con aquel que se ha revelado y que hemos contemplado? ¿Este amor de Dios por su Hijo nos alcanza hoy?

Tomemos diez minutos de reflexión personal a partir del Evangelio. Luego compartir en grupo y formular una resolución concreta: “He decidido...”. La confiamos juntos a Dios, en la oración del Padre Nuestro.

Tercer Domingo de Cuaresma

Evangelio de Jesucristo según San Juan

(4, 5-15. 19b-26a. 39a. 40-42)

En aquel tiempo, llegó Jesús a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca del terreno que Jacob había dado a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, se había sentado junto al manantial. Era la hora sexta, hacia el mediodía. Llegó una mujer de Samaria para sacar agua.

Jesús le dijo: “Dame de beber”. - En efecto, sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar alimentos. La samaritana le dijo: “¿Cómo es que tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?” - Porque los judíos no se tratan con los samaritanos). Jesús le respondió: “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: “dame de beber”, tú misma se lo habrías pedido, y él te habría dado agua viva.”

Ella le dijo: “Señor, no tienes con qué sacar el agua, y el pozo es profundo. ¿De dónde sacas esa agua viva? ¿Eres tú más grande que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del que bebió él mismo, sus hijos y sus ganados?”

Jesús le respondió: “El que beba de esta agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en una fuente de agua que brota hasta la vida eterna.”

La mujer le dice: “Señor, dame esa agua, para que no tenga sed y no tenga que venir aquí a sacarla”. “Señor, veo que eres un profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que el sitio donde hay que adorar está en Jerusalén”.

La mujer le dijo: “Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla. Veo que eres un profeta... Nuestros padres adoraron en este monte, y ustedes, los judíos, dicen que el lugar donde se debe adorar está en Jerusalén.”

Jesús le dijo: “Mujer, créeme: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adorarán al Padre. Ustedes adoran lo que no conocen; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora -y ya está aquí- en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque esos son los adoradores que busca el Padre. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad.”

La mujer le dijo: “Sé que va a venir el Mesías, el llamado Cristo; cuando venga, nos hará conocer todas las cosas.” Jesús le dijo: “Soy yo, el que habla contigo.” Muchos

samaritanos de aquella ciudad creyeron en Jesús. Cuando llegaron donde él estaba, le rogaron que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Y muchos más creyeron por su palabra. Y decían a la mujer: “Ya no creemos por lo que tú has contado; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que este es verdaderamente el Salvador del mundo.”

Lo que nos dice Antonio Chevrier

“Para conocer el Evangelio, hay que entrar en él, ver los detalles y poner en práctica lo que encontramos allí. Basta entrar un poco y estudiar un poco sus detalles para comprender de inmediato cuán bella, grande y perfecta es esta casa; es verdaderamente la casa de la sabiduría. En el estudio de Nuestro Señor encontramos la verdadera luz. Encontramos nuestro reglamento de vida ya hecho, ya preparado. Solo hay que buscarlo y encontrarlo allí. Cuando uno va a un gran campo, hay toda clase de plantas. Si necesitas violetas, hay que buscarlas; si necesitas borraja, hay que buscarla; si necesitas hojas raras, hay que buscarlas. Busquemos en el Evangelio y encontraremos todas las plantas y flores que necesitamos para darnos la vida y mantenerla en nosotros.”

Comentario

La samaritana pertenecía a un grupo religioso en conflicto con el judaísmo ortodoxo. Su vida afectiva y sexual era complicada, lo que la llevaba a cierta exclusión dentro de su propio pueblo. Y, sin embargo, es a ella a quien Jesús sale al encuentro en el pozo de Jacob, a una hora de mucho calor en la que normalmente nadie iba a buscar agua. Porque Dios no nos encuentra cuando todo está en orden en nuestra vida, sino allí donde está fragmentada, herida.

Jesús se presenta como alguien que también necesita algo esencial: “Dame de beber”. Dios siempre apela a nuestra libertad. No se impone; se ofrece a quien siente falta de lo que Él puede dar, y eso no es menos que la vida eterna. Cristo tiene sed de mí para saciar mi propia sed.

Sigue entonces un diálogo sorprendente, que toca tanto la vida personal e íntima de esta mujer como las diferencias religiosas entre judíos y samaritanos. No hay humillación ni condena en la actitud de Jesús. Con Dios no se puede fingir: nos llama a la verdad y a la conversión. La verdad libera cuando se vive en el amor.

Jesús no evita el desacuerdo religioso. Lo atraviesa con respeto. Escucha, responde, desplaza las preguntas. No usa la verdad como un arma, sino como un camino hacia una relación más profunda. Sin polémica, se revela: “Soy yo, el Mesías que te habla”. La revelación de Dios es accesible a toda persona que busca al Señor con rectitud. La fe es una cuestión de encuentro, no de discusiones

religiosas. “Llega la hora -y ya está aquí- en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad”.

La mujer, marginada entre los suyos y que había ido sola al pozo, encuentra entonces el valor de volver a la ciudad para anunciar que ha encontrado a un hombre que podría ser el Cristo. La rechazada se convierte en mensajera. El encuentro auténtico con Dios no nos encierra en el pasado: nos pone de pie y nos hace capaces de hablar y de dar testimonio.

Estudio de Evangelio

Oración: ¡Oh Verbo! ¡Oh, Cristo!

(Ver al inicio)

- ¿Quién, para mí, es digno o indigno de formar parte de mis relaciones? ¿Mi familia y mi comunidad parroquial son lugares donde cada persona puede ser acogida en verdad, sin miedo a ser juzgada o rechazada?
- ¿Dónde está hoy mi “pozo”, el lugar donde busco saciar mi sed interior?
- ¿Estoy yo mismo en la verdad con Dios y con los demás? ¿Cómo recibo a Dios en mis encuentros humanos?
- Tomemos diez minutos de reflexión personal a partir del Evangelio. Luego compartir en grupo y formular un propósito concreto: “He decidido...”. Lo confiamos juntos a Dios en la oración del Padre Nuestro.

Cuarto Domingo de Cuaresma

Evangelio de Jesucristo según San Juan (9, 1.6-9.13-17.34-38)

En aquel tiempo, al salir del Templo, Jesús vio al pasar a un hombre ciego de nacimiento. Escupió en el suelo, hizo barro con la saliva, se lo puso en los ojos al ciego y le dijo: “Ve a lavarte a la piscina de Siloé” -que significa: Enviado-. El ciego fue, se lavó y, al volver, veía.

Sus vecinos y los que antes solían verlo -porque era mendigo- decían: “¿No es este el que se sentaba a mendigar?” Unos decían: “Es él.” Otros: “No, se le parece.” Pero él decía: “Soy yo.”

Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. Era sábado el día que Jesús hizo lodo y le abrió los ojos. También los fariseos le preguntaban cómo podía ver. Él les respondió: “Me puso barro en los ojos, me lavé y veo.” Algunos fariseos decían: “Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado.” Otros decían: “¿Cómo puede un pecador realizar semejantes signos?” Y había división entre ellos.

Entonces volvieron a preguntarle al ciego: “Y tú, ¿qué dices de él, ya que te ha abierto los ojos?” Él respondió: “Es un profeta.” Ellos replicaron: “Has nacido completamente en pecado, ¿y nos vas a dar lecciones?” Y lo expulsaron. Jesús se enteró de que lo habían expulsado. Lo encontró y le dijo: “¿Crees en el Hijo del hombre?” Él respondió: “¿Y quién es, Señor, para que crea en él?” Jesús le dijo: “Lo estás viendo; es el que te habla.” Él dijo: “Creo, Señor.” Y se postró ante él.

Lo que nos dice Antonio Chevrier

“En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres” (Jn 1,4). En esta vida que el Verbo comunica a los hombres al crearlos, se encuentra la luz, la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. ¿No es, en efecto, en el Verbo, que es el pensamiento de Dios, donde se encuentra la verdadera luz que nos hace conocer a Dios y las cosas celestiales? ¿No es en este Verbo donde se encuentran toda la sabiduría del Padre, la ciencia, el conocimiento de Dios y todas las ciencias divinas y humanas? De este Verbo divino salen los rayos de este sol divino que se difunde sobre todas las criaturas inteligentes y cristianas para elevarlas, iluminarlas y hacerles conocer las cosas espirituales y divinas, sin las cuales el hombre permanece en la ignorancia y en las tinieblas de su propia razón.”

Comentario

Fijémonos en el camino que recorre este ciego de nacimiento: es curado por Jesús, y esta curación provoca discusiones. En su entorno, algunos están tan sorprendidos que piensan que no es él, el ciego que mendigaba en los caminos.

Otros, reconociendo que es él, comienzan a preguntarse cómo ha sido posible esta curación. Entre los fariseos se observa la misma división, pero por razones diferentes: las preguntas sobre la identidad de Jesús provocan una discusión teológica. Para unos, Jesús no viene de Dios porque no respeta la ley del sábado; para otros, esta curación no puede ser obra de un pecador.

Para el ciego curado, en un primer momento, Jesús es un profeta, un hombre a quien Dios da el poder de curar. Pero su último encuentro con Jesús le abre los ojos de la fe: lo que intuía (“Es un profeta”) se ilumina con una luz nueva. Jesús, luz, abre a la verdadera luz no solo sus ojos corporales, sino también sus ojos como hijo de Dios. Este hombre va más allá de las preguntas o las dudas de los demás protagonistas.

Un encuentro verdadero con Jesús nos permite reconocerlo en la verdad: Él, la luz que estaba desde el principio; Él, la luz que es la vida de los hombres, como dice san Juan.

Estudio de Evangelio

Oración: ¡Oh Verbo! ¡Oh, Cristo!

(Ver al inicio)

El ciego de nacimiento está en el centro del relato, pero en realidad es la cuestión de la identidad de Jesús la que está en el centro. Miremos uno por uno a los diferentes protagonistas del relato:

- ¿Cómo se sitúa cada uno de ellos respecto a Jesús?
- Y yo, ¿qué rostro de Jesucristo me hace descubrir este relato?

Tomemos diez minutos de reflexión personal a partir del Evangelio. Luego compartir en grupo y formular un propósito concreto: “He decidido...”.

Lo confiamos juntos a Dios en la oración del Padre Nuestro.

Quinto Domingo de Cuaresma

Evangelio de Jesucristo según San Juan (11, 3-7.17.20-27.33b-45)

En aquel tiempo, Marta y María, las dos hermanas de Lázaro, mandaron decir a Jesús: “Señor, el que amas está enfermo”. Al enterarse, Jesús dijo: “Esta enfermedad no lleva a la muerte, sino que es para la gloria de Dios, para que por ella el Hijo de Dios sea glorificado”. Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando supo que estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde se encontraba. Después dijo a los discípulos: “Volvamos a Judea”.

A su llegada, Jesús encontró que Lázaro llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Cuando Marta supo que Jesús llegaba, salió a su encuentro, mientras María permanecía sentada en casa. Marta dijo a Jesús: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero aun ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá”. Jesús le dijo: “Tu hermano resucitará”. Marta respondió: “Sé que resucitará en la resurrección, en el último día”. Jesús le dijo: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás. ¿Crees esto?”. Ella respondió: “Sí, Señor, yo lo creo: tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que viene al mundo”.

Jesús, conmovido interiormente, se estremeció y preguntó: “¿Dónde lo han puesto?”. Le respondieron: “Señor, ven y verás”. Entonces Jesús se echó a llorar. Los judíos decían: “¡Miren cómo lo amaba!”. Pero algunos de ellos dijeron: “El que abrió los ojos al ciego, ¿no podía haber impedido que Lázaro muriera?”.

Jesús, conmovido nuevamente, llegó al sepulcro. Era una cueva cerrada con una piedra. Jesús dijo: “Quiten la piedra”. Marta, la hermana del difunto, le dijo: “Señor, ya huele mal; es el cuarto día que está ahí”. Entonces Jesús le dijo a Marta: “¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?”.

Quitaron entonces la piedra. Jesús levantó los ojos al cielo y dijo: “Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sabía que siempre me escuchas; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado”.

Después de esto gritó con voz fuerte: “¡Lázaro, sal fuera!”. Y el muerto salió, con los pies y las manos atados con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: “Desátenlo y déjenlo caminar”. Muchos judíos que habían venido a ver a María y habían visto lo que Jesús hizo, creyeron en él.

Lo que nos dice Antonio Chevrier

“Él es el Señor de la vida y de la muerte; manda a los enfermos y a los muertos, y los enfermos y los muertos le obedecen. Es el cumplimiento de la palabra que dijo: Yo soy la resurrección y la vida. No solo es el Señor de la vida de los demás, sino también el Señor de la vida para sí mismo. Él mismo lo dice: Así como el Padre tiene la vida en sí mismo, también ha dado al Hijo tener la vida en sí mismo.

Él es el principio de todas las cosas, el fundamento sobre el cual todo debe apoyarse, la raíz de la cual tomamos la savia que debe darnos la vida, el centro hacia el cual todo debe converger, el fin hacia el cual todo debe llegar. Él es, en definitiva, la resurrección y la vida”.

Comentario

Hay dos circunstancias en nuestra vida que nos hacen tomar conciencia de nuestra fragilidad radical: el pecado y la muerte, que nos cierran el horizonte. Solo la fe puede hacer desaparecer esta visión fatalista. Y en la fe, frente a la realidad de la muerte, nos llega la palabra de esperanza de Jesús que nos dice: “Yo soy la resurrección y la vida”. Todo en la vida de Jesús es un don del Padre, como Jesús lo expresa en la oración sacerdotal: “Según el poder sobre toda carne que tú le has dado, da la vida eterna a todos los que le has dado”. Cuando Jesús da la vida a los muertos, se manifiesta como el Verbo del Padre que actúa con el mismo poder que Dios.

El relato evangélico de la resurrección nos hace descubrir la verdadera identidad de Jesús, hombre que llora y Verbo de Dios que tiene poder sobre la vida y la muerte. Jesús es el Verbo encarnado que, como hombre, sufre por la enfermedad de su amigo, acompaña a sus hermanas con su palabra y su afecto y llora ante su muerte. Pero, al mismo tiempo, es el Hijo que actúa con el poder de Dios. Es Dios y verdadero hombre.

El padre Chevrier nos propone ser verdaderos discípulos de Jesús. Seguirlo es escucharlo, obedecerle, conformarnos a él. La última etapa de este discipulado se presenta como la promesa de Jesús de seguirlo hasta el final, en la gloria.

Estudio de Evangelio

Oración: ¡Oh Verbo! ¡Oh, Cristo!

(Ver en ficha 0)

- ¿Qué rasgos de su identidad nos revela Jesús en este relato?
- Podemos detenernos en el diálogo con Marta, el llanto ante la tumba del amigo, la oración de Jesús al Padre, la resurrección de Lázaro...

- Acojo en silencio y con mucho amor la Palabra, el detalle del relato que ha tocado mi corazón; pienso que estoy en Betania con Jesús y que esta Palabra ha sido dirigida a mí personalmente.
- ¿Qué luz me aporta el Evangelio para mi vida y para las personas con las que vivo? ¿En qué la Palabra de Jesús que acabamos de escuchar me anima, me corrige o me invita a tomar una decisión?

Tomemos diez minutos de reflexión personal a partir del evangelio. Luego compartir en grupo, y formulación de una resolución concreta: “me he decidido a...”. La confiamos juntos a Dios, en la oración del Padre Nuestro.



Pensamientos sobre la Pobreza P. Chevrier VD 519-524

“ Un sacerdote santo, pobre, es todo él riqueza. Un sacerdote pobre, santo, en una iglesia de madera es más grato a Dios y más útil a los fieles que otro sacerdote ordinario en una iglesia de oro. Lo que convierte a los pecadores no son las cosas ricas, exteriores; al contrario, eso no sirve más que para excitar su curiosidad y envidia.

Oremos por la santidad y pobreza de los sacerdotes